

Por las puertas de Salvador Arias

NOTA

En 1981 comencé a participar en los Seminarios Juveniles de Estudios Martianos y seleccioné a *La Edad de Oro* como tema de investigación. Ello me puso inmediatamente en el camino de Salvador Arias. Al principio era solo una referencia bibliográfica, el firmante del prólogo “*La Edad de Oro* noventa años después” que daba magistral inicio a la edición de *Acerca de LA EDAD DE ORO*, que en 1980, para celebrar el nonagésimo aniversario de la revista, publicara el Centro de Estudios Martianos. Un libro fundacional que en su primera página anunciaba modestamente “Selección y prólogo Salvador Arias”, pero...; ¡qué prólogo y qué selección! De *La Edad de Oro* —en apretado resumen— enseñaba todo: génesis, publicación, acogida, cese, rescate, resonancia en el pensamiento revolucionario cubano, vigencia. Un encadenamiento de datos, hechos y circunstancias de los avatares de la revista martiana, desde su nacimiento hasta el presente. Su concepción como proyecto orgánico para preparar a la niñez de América; la premisa ética, científica y estética de sus mensajes; su perfil temático; su relevancia ideológica, pedagógica y literaria. Y para complementar su aleccionador preámbulo le seguían los trabajos de una brillante cohorte de investigadores y escritores de Cuba y otros países, que desde la década del 50 habían tenido acercamientos valientes y novedosos a estos textos martianos para la niñez y la juventud. En 1989, en la nueva edición de *Acerca de LA EDAD DE ORO*, que celebraba el centenario, vuelve Salvador con “*La Edad de Oro* cien años después” un prólogo ampliado y enriquecido, al igual que su selección que esta vez abrió espacio a los jóvenes, entre los que me contaba. Así le conocí, un hombre amable y pausado, en cuyos modales se adivinaba inmediatamente al profesor, y de cuyas virtudes poco tengo que decir pues, si ya era demostra-

ción de grandeza compartir su cátedra con los veteranos, qué decir de llamar a los principiantes a acompañarlo.

Sin espacio para hacer una cronología detallada de la continua y edificante obra de Salvador enfocada en *La Edad de Oro* salto al año 2011 para referirme a la edición ampliada de *Glosando LA EDAD DE ORO*, una compilación de artículos breves que había venido publicando en el periódico *Juventud Rebelde* para rescatar algunos “incitantes detalles” que emergían de sus acercamientos a la revista y eran “merecedores de atención por separado”. Sorprendente libro, donde el académico se transforma en periodista. De ahí el lenguaje sencillo y coloquial con títulos que crean una inmediata cercanía: “La boda de Meñique”, “La vestimenta de Bebé”, “El libro de Nené”, “Guarocuya, el reyecito bravo”, “La casa de muñecas de Piedad” y hasta “Playas en Martí”, donde en “preciosa intertextualidad” nos muestra una Pilar vestida de encajes y descalza, que con balde y paleta camina por las playas de Nueva York en las *Escenas norteamericanas* de 1888. Situaciones, acciones y objetos asociados a personajes conocidos, que enganchan al lector para después transportarlo a la profundidad de los mensajes que sus historias encierran. Glosas que van mucho más allá de la profundización didáctica de temas ya tratados, porque hay en este pequeño libro enfoques analíticos de inmenso valor pedagógico. Y como ejemplo: “Estrategias y estructuras en *La Edad de Oro*”, donde Salvador explica cómo se le ofrecen opciones al público infantil para que ejerza su criterio y refuerce su escala de valores a través de oposiciones binarias que son visibles desde los títulos: “Los dos príncipes”, “Los dos ruiseñores” o “Dos milagros”; y que se amplían en sus contenidos: los “dos primos” de “Bebé y el Señor Don Pomposo”; las “dos muñecas” de “La muñeca negra” o las “dos niñas” de “Los zapaticos de rosa”. Opciones que “van mucho más allá del maniqueísmo de bueno-malo, pues [...] lo que predominan son los matices y no los contrastes excluyentes”. ¡Qué manera de explicar cómo quería Martí educar a sus lectores en un pensamiento comparativo, dialéctico y flexible ante la vida!

En el año 2012 sale el imprescindible: *Un proyecto martiano esencial: LA EDAD DE ORO*, como “un balance de lo hecho hasta ahora” donde Salvador muestra una vez más su inmensa capacidad de volver a decir con palabras nuevas, o añadir siempre, o regresar a un tema

para desdoblarlo en nuevos e interesantísimos detalles. ¿Cuántos sabían que Martí tenía pensado crear una empresa editorial propia? ¿Alguien conocía los detalles familiares de los Da Costa Gómez a quienes debemos lo que de *La Edad de Oro* se publicó y lo que se dejó de publicar? Con una introducción de repaso y síntesis, y espléndidos ensayos dedicados al pórtico americanista “Los tres héroes”, al romancero popular en “Los dos príncipes”, la universalidad y modernidad de “La Exposición de París”, el modernismo en “Los dos ruseñores” y los cuentos de *La Edad de Oro* esta entrega concluye con un “Breve recuento ante un nuevo siglo” donde el autor, después de haber hecho gala de su profundo conocimiento del tema en una obra madura y contundente, convoca amablemente “a nuevos y amorosos acercamientos a la revista de José Martí”.

Salvador Arias se adentró en las complejidades de *La Edad de Oro*, reveló sus códigos y los expuso a todos en textos claros y profundos, con academicismo y rigor, o con didactismo y toques de simpática cubanía. A quienes veían a *La Edad de Oro* como algo menor en la vastedad de la obra martiana enseñó que en esta, la obra toda de Martí está volcada en temas, reflexiones e ideas, y “a través de los textos de *La Edad de Oro* podemos incursionar en las entretelas del pensamiento y el existir martianos”. Abrió de par en par las puertas de una escuela nueva donde solo demandaba como requisitos de entrada que el alumno pusiera en juego “su capacidad creativa, su inteligencia y su sensibilidad” y desterrara los “procedimientos rutinarios, esquemáticos, burocráticos, aburridos”. Por esas puertas, muchos entramos un día, llenos de ilusiones, y él nos dio la mano al pasar. Hoy, a manera de hijos agradecidos, nos toca pararnos en el umbral a acoger a otros y trabajar por la continuidad de sus enseñanzas. Salvador Arias, compañero de todos, escritor comprometido, martiano genuino de mente y corazón, bajo sus lecciones *La Edad de Oro* se hizo más cercana a sus destinatarios de Cuba y de Hispanoamérica. Gracias a su espléndida obra, la empresa que salió del alma de Martí para que fuera durable y útil, ganó un nuevo y más amplio horizonte en su misión educativa y redentora.

ALEJANDRO HERRERA MORENO

Vicepresidente de la Fundación Cultural Enrique Loynaz en Santo Domingo, República Dominicana, e investigador de su Sección Martiana.

La revista

Salvador Arias

(1935-2017), ensayista y crítico literario.

Martí siempre acarició proyectos de redactar él solo una revista mensual. En octubre 26 de 1888 le confiesa a Enrique Estrázulas:

¿Sabe que ando dando vueltas a la idea, después de dieciocho años de meditarla, de publicar aquí un revista mensual, *El Mes*, o cosa así, toda escrita de mi mano, y completa en cada número, que venga a ser como la historia corriente, y resumen a la vez expedito y crítico, de todo lo culminante y esencial, en política alta, teatro, movimiento de pueblos, ciencias contemporáneas, libros, que pase acá y allá, y dondequiera que de veras viva el mundo? Si es, no será a la loca, sino con esperanza razonable de éxito.¹

Y se entusiasma tanto con la idea, que le pide a Estrázulas que no se la comunique a Tejera, “porque sin querer pudieran salirme al camino con una idea semejante a esta, aunque no con esta misma, los que tienen más dinero que yo, que no tengo más que el que saco a sudor puro de la noria”.²

Otro proyecto que lo atraía, para emplearse “donde pueda ser útil”, era “mi empresa editorial, que preparo tenazmente, y de la que, cuando ascienda a mi plan de libros de educación, hemos de hablar muy de largo”,³ según le decía a Mercado. Esos intereses se enmarcaban dentro del ambicioso proyecto cultural que para Hispanoamérica estaba madurando José Martí. Por eso, cuando su amigo, el rico brasileño Aaron da Costa Gómez le propone la idea de una revista para niños, estaba exactamente preparado para una

¹ José Martí: *Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, La Habana, Centro de Estudios Martianos / Editorial de Ciencias Sociales, 1993, t. II, p. 60. [En lo sucesivo, *E. (N. de la E)*]

² Ídem.

³ *E.*, t. II, p. 44.

empresa a la cual contribuían también, como hemos visto, factores emocionales nada desdeñables: la ausencia de su hijo Pepe y la presencia de María Mantilla.

Según la propia referencia martiana a Da Costa Gómez, en carta a Manuel Mercado, parece que la amistad con el brasileño databa de su estancia mexicana anterior a 1876, pues cuando le habla del “editor” de *La Edad de Oro*, que “pone en esto un serio capital”,⁴ le recuerda que se trata de “aquel caballero modesto que representaba a la Compañía de Seguros de la New York cuando tenía yo la fortuna de estar cerca de Vd., y daba Guasp aquellos dramas de Peón, que no tenían concurrente más asiduo, ni comprador más temprano, que Da Costa Gómez”.⁵

Los Da Costa Gómez eran tres hermanos originarios de Brasil, que se dedicaron al comercio en la zona del Caribe, amasando una buena fortuna. Según algunas fuentes, Aaron debe haber coincidido también con Martí en Venezuela, en donde los hermanos hasta le hicieron préstamos al gobierno.⁶ Los Da Costa Gómez poseían barcos para su tráfico comercial, con centro de operaciones en islas caribeñas como Curaçao, St. Thomas y las Islas Vírgenes. Aarón, que vivió y murió soltero, ya en 1886 se encontraba en Nueva York y era propietario de una tipografía que llevaba su nombre —77 Willian St.—, en donde se publicaba la revista *La Ofrenda de Oro*, órgano de la Sociedad de Seguros sobre la vida “La New York Life Insurance Company”, la misma que representara en México y que se anuncia en la contraportada de todos los números de *La Edad de Oro*. Desde 1881, Martí estaba colaborando en *La Ofrenda de Oro*. Un cuadro del pintor alemán Edward Magnus titulado *La Edad de*

⁴ *E*, t. II, p. 117.

⁵ Ídem.

⁶ Es de señalar que Edgardo, un sobrino de Aarón, hijo de su hermano Eduardo, fue a establecerse en Honduras, en donde trabó amistad con exiliados cubanos como Antonio Maceo, Flor Crombet y Eusebio Hernández, hasta el punto de que al estallar la guerra del 95 se incorporó a ella. Fue considerado veterano de la guerra y se casó con una santiaguera. Murió en La Habana en marzo de 1946, atropellado por un tranvía y su hija, Clara D’Acosta Gómez de Llampallas vivía aún en La Habana hacia 1953 (José de J. Nuñez y Domínguez: “Huellas de Martí en América”, en *Memoria del Congreso de Escritores Martianos*. Publicación de la Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y el Monumento de Martí, La Habana, 1953, pp. 208-221).

Oro, reproducido en la primera página del número inicial de la revista martiana, había aparecido en el ejemplar de *La Ofrenda...* correspondiente a diciembre 1.º de 1883 y, obviamente, debe ser el origen del nombre de la publicación, que, según Martí, “es título de Da Costa”.⁷ Muy conocida es la causa directa por la cual Martí decide no seguir publicando *La Edad de Oro*, expuesta con claridad en su carta a Manuel Mercado fechada el 26 de noviembre de 1889:

le quiero escribir con sosiego, sobre mí y sobre *La Edad de Oro*, que ha salido de mis manos—a pesar del amor con que la comencé, porque, por creencia o por miedo de comercio, quería el editor que yo hablase del “temor de Dios”, y que el nombre de Dios, y no la tolerancia y el espíritu divino, estuvieran en todos los artículos e historias. ¿Qué se ha de fundar así, en tierras tan trabajadas por la intransigencia religiosa como las nuestras? Ni ofender de propósito el credo dominante, porque fuera abuso de confianza y falta de educación, ni propagar de propósito el credo dominante. [...] Lo humilde del trabajo solo tenía a mis ojos la excusa de estas ideas fundamentales. La precaución del programa, y el singular éxito de crítica del periódico, no me han valido para evitar este choque con las ideas, ocultas hasta ahora, o el interés alarmado del dueño de *La Edad*. Es la primera vez, a pesar de lo penoso de mi vida, que abandono lo que de veras emprendo.⁸

El incidente con Da Costa Gómez surge durante la segunda quincena de octubre, cuando ya debió estar preparado el número de noviembre. El 17 de octubre, al aludir a *La Edad de Oro* entre sus ocupaciones, en carta a Tedín, no parece existir nada que haga presagiar su cese inmediato. Algo ha ocurrido ya el 31 de octubre, cuando en carta a Félix (Sánchez) Iznaga habla “del apuro en que me ha puesto Da Costa, ya arrepentido, pero con quien no veo manera de avenimiento final que me dé derecho para trabajar en la empresa con la misma fe”.⁹ Llama la atención que hable de que Da

⁷ Ídem. Ver además de Ricardo Luis Hernández Otero: “Colaboración martiana en *La Ofrenda de Oro*. (Notas sobre un artículo desconocido de José Martí)”, en *Anuario L/L*, La Habana, 1976, nos. 7-8, pp. 38-67.

⁸ *E*, t. II, p. 163.

⁹ *E*, t. II, p. 147.

Costa está “ya arrepentido”, pero que él ya no tendrá “la misma fe” para seguir trabajando en la empresa.

Sobre el incidente se han formulado algunas preguntas no con respuestas claras, como la que encuentra sorprendente la reacción del editor, al parecer ante un cuarto número que no añadía nada nuevo al contenido ideológico de la revista, la cual no hablaba ni remotamente del “temor de Dios” desde sus mismos inicios.¹⁰ Quizás la reacción de Da Costa se debiera a la acumulación de opiniones de cierto tipo de lectores, económicamente influyentes, habituados a los cánones “morales” de las revistas para niños escritas entonces en español, sobre todos los números de la revista (“miedo de comercio”). También pudiera sorprender que Martí, acostumbrado a esos reparos de editores ante sus textos (recuérdense las peticiones de Mitre sobre suavizar sus críticas a los Estados Unidos en sus crónicas a *La Nación*),¹¹ no hubiese utilizado recursos válidos, que bien sabía manejar, para seguir expresando lo que quería. En el cese de *La Edad de Oro* estamos frente a una actitud radical que trata de preservar la “pureza” de un proyecto cuyos aspectos éticos eran primordiales. Sin embargo, octubre de 1889 supone en Martí, como ya hemos visto, la voluntad expresa de emprender una actividad revolucionaria más directa y perentoria, para lo cual se convertía en necesidad urgente la publicación de un periódico de combativa militancia. Pudiera conjeturarse si, de no haber existido el reparo de Da Costa, hubiera podido seguir Martí dedicándose a la redacción completa, cada mes, de un número de *La Edad de Oro*. Cualquiera que fuese la respuesta tendría relativa importancia, pues en cualquier caso lo que cuenta es que Martí pudo redactar un grupo de textos que sobrepasan lo efímero de una revista para inscribirse hoy entre lo más renovador y vigente escrito en lengua española a finales del siglo XIX.

Tomado de Salvador Arias: *Un proyecto martiano esencial: LA EDAD DE ORO*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2012, pp. 40-44.

¹⁰ Ver al respecto José Fernández Pequeño: “*La Edad de Oro: reflexiones para una observación y una duda*”, en *Acerca de La Edad de Oro*, La Habana, Centro de Estudios Martianos / Editorial Letras Cubanas, 1980, pp. 343-356.

¹¹ *E*, t. I, pp. 256-259.